

Sheryl Bowman

EL BRINDIS DE
NUESTRA
VIDA

Sheryl Bowman

**EL BRINDIS DE
NUESTRA
VIDA**



EDICIONES **KIWI**

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, mayo 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-30-2
Depósito Legal: CS 294-2024
© del texto, Sheryl Bowman
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para papá,
eres y siempre serás, el héroe de mi vida.
Te quiero.

«Sin firmar un documento
ni mediar un previo aviso
sin cruzar un juramento
hemos hecho un compromiso.
Sin promesas nos marchamos
ni te obligas ni me obligo
y aun así, sé que soñamos
tú conmigo, yo contigo».

Un compromiso,
Antonio Machín

PRÓLOGO

Se levantó de la silla, cogió la copa de champán y con la cuchari-
lla de postre hizo tintinar el delicado cristal.

—Estoy segura, totalmente convencida, de que a cualquiera que le preguntes por el amor, pensará en todos los amores que ha tenido en su vida. Repasará con detalle todo lo que ocurrió y vivió en aquellas historias que, en algún momento, llenaron sus días. Recordará ese primer beso, ese primer te quiero y esa primera vez donde le consumieron los nervios. También estoy segura de que no recordará las peleas, los malos gestos o los momentos desagradables porque, cuando pasa el tiempo y el corazón sana, olvida las cosas malas que sucedieron en aquel tiempo, las borra para que solo queden los buenos momentos. Por suerte, esa persona podrá enseñarte fotografías, instantáneas de una vida pasada; puede que tenga cartas, tarjetas de San Valentín, o incluso entradas de cine escondidas en algún libro. —Ella, con la copa todavía en la mano, hizo una pausa y continuó hablando—: Mi consejo para vosotros esta noche, es que durante los años que viváis juntos, separados, felices, disgustados..., pero al fin y al cabo enamorados, es que guardéis cada recuerdo, cada instante de felicidad, para que, cuando llegue el momento oportuno,

mostréis cada pedazo de magia, cada trozo de aquella vida, y habléis de ella con la sabiduría que aportan los años, para que sirva de ejemplo, aliento y consuelo. De nada sirve privar a los que vendrán detrás, de aquellos momentos que en su día os provocaron que el corazón latiera con fuerza, y solo el calor de ese beso fue capaz de calmar aquel ritmo frenético. —En ese momento, ella levantó la copa, la alzó a la vista de todos los presentes y, con la voz cargada de emoción, terminó lo que había empezado—. Sé que no hay nadie en este mundo que vaya a romper lo que habéis creado, pero, si alguna vez alguien os hace dudar, algo se interpone y no os deja avanzar, espero que la lección y mi consejo os dé el impulso necesario para recordar el amor que, desde el primer momento, habéis sentido el uno por el otro. Por vuestro amor, por vuestra vida, pero, sobre todo, por vosotros.

Todos aplaudieron y enseguida empezó el ruido de copas pidiendo el beso de los novios.

Ellos no se hicieron de rogar.

No fue un beso pasional, con el que tantas veces se habían dejado llevar. Fue un beso tierno y dulce. Esos segundos en los que sus labios estuvieron juntos, derrocharon amor, demostraron compromiso y despertó en ellos la chispa del deseo.

CAPÍTULO 1

«¿Hace falta que te diga que
me muero por tener algo contigo?
¿Es que no te has dado cuenta
de lo mucho que me cuesta ser tu amigo?
Ya no puedo acercarme a tu boca,
sin desearla de una manera loca».

Algo contigo,

Los panchos

Las escaleras que subían al desván eran estrechas y estaban situadas en una esquina de la planta superior de la casa, tras una puerta que apenas se abría. Casi nunca subían allí arriba.

Su abuela siempre decía que ese lugar estaba lleno de trastos viejos e inservibles, porque todo lo que ya no se necesitaba, iba a parar allá arriba.

Tenía razón.

Cuando encendió la luz del desván, ante ella apareció una enorme capa de polvo cubriendo las sábanas que tapaban los muebles y las cajas. Contempló el desorden y el caos, y suspiró. No encontraría nunca la caja que estaba buscando, y tampoco

se acordaba de dónde la había colocado la última vez que subió hasta allí.

Sabía que en un lateral del cartón había escrito: disfraces y complementos; pero, a saber dónde estaba, entre todo ese desastre.

Se aventuró a ir levantando sábanas, pero no tuvo suerte.

Aparecían muebles antiguos, cajas de libros, e incluso cuadros que antes decoraban la casa, pero su caja parecía no estar allí.

¿De verdad la había guardado tan bien? Ella apenas podía mantener ordenada su habitación, así que, dudaba de que hubiera perdido el tiempo en poner allí arriba una caja con un sinfín de cosas que ya no necesitaba.

Cogió la punta de una de las sábanas y con cuidado de no levantar todo el polvo, para que no se formara una nube a su alrededor, tiró de ella. Debajo, había una especie de arcón antiguo que tenía unas preciosas flores grabadas en la madera.

Nunca antes había visto ese mueble, pero seguro que llevaba allí arriba el doble de tiempo que los demás.

Se agachó y, con sus delicados dedos, giró la llave que había en la cerradura para abrir la tapa del baúl, y descubrió auténticas reliquias: libros antiguos que parecían primeras ediciones.

Cogió uno al azar y acarició el título del tomo. Sus páginas estaban amarillas, pero las letras se leían a la perfección. Se acercó el libro a la nariz y aspiró su olor.

Le encantaba el olor de las hojas...

Como marcapáginas habían utilizado un trozo de lazo, que ahora era de un verde pálido, pero que, con seguridad, hacía años habría sido de un tono verde intenso.

Dentro del arcón, también había una caja de latón con fotos antiguas. Las observó y en ellas reconoció a su abuela.

Siempre le había parecido una mujer preciosa, pero nunca había visto fotos de ella tan joven.

Giró la fotografía y comprobó que tenía una fecha: 1963.

Siguió mirando las fotos y negó con la cabeza, al darse cuenta de que eran recuerdos de la vida de su abuela. No entendía la razón por la que esta había decidido enterrarlos en el desván.

Guardó de nuevo las fotos en la caja de latón y la apartó.

Siguió mirando las cosas que había dentro del baúl, y un libro con las tapas negras de piel y sin título, llamó su atención.

Lo abrió y comprobó que solo tenía escrito el nombre de su abuela.

Lo hojeó y sonrió.

Nunca se hubiera esperado que su abuela escribiese un diario.

Pensó en bajarlo a su habitación, junto con la caja de latón, pero algo dentro de ella le hizo replantearse la situación. Eran las palabras de su abuela, sus pensamientos, sus sentimientos, sus recuerdos... No estaría bien sumergirse en sus secretos. Así que, cerró el diario, dispuesta a dejarlo allí enterrado, pero, finalmente, la curiosidad le pudo y lo apartó, junto con la caja de latón.

No era tan grave curiosear un poco, además, nunca se lo diría a su abuela.

Cerró el arcón, giró la llave y lo cubrió de nuevo con la sábana.

Bajó a su habitación, llevándose consigo el diario y la caja de latón, al mismo tiempo que se olvidaba de lo que había ido a buscar.



La zona de llegadas de la estación estaba repleta de gente sonriente. que se reencontraba con sus familiares.

A él siempre le había gustado contemplar la felicidad que irradiaban esos sitios. Desde estaciones hasta aeropuertos. Siempre había personas felices, y esos sentimientos eran reales. Solía decir que las sensaciones y las emociones más sinceras se encontraban en las salidas y llegadas de ese tipo de transportes.

Absorto en aquel pensamiento, su móvil sonó en el bolsillo y lo cogió.

—¿Hola? —contestó al descolgar la llamada.

—Buenos días, señor. He aparcado en la puerta de la estación. ¿Voy a buscarlo?

—No te preocupes, Ramón. Ya salgo yo.

Al contrario que a esas personas que observaba, a él le venía a buscar el conductor de la familia.

Lo había preferido así; las escenas lacrimógenas era algo que siempre intentaba evitar. No es que fuera una persona fría, pero, simplemente, no le gustaba ser el protagonista de esas escenas.

Tomó sus maletas y se fijó en que, un poco más adelante, había unas chicas que lo observaban y sonreían.

Nunca había tenido problemas para conocer mujeres. Era consciente de que sus ojos verdes claro y su sonrisa, hacían maravillas. Además, era alto. Su más de metro ochenta le otorgaba

una buena posición en los partidos de baloncesto, y, como iba al gimnasio a diario, tenía una forma física envidiable.

Al llegar a las puertas de salida, miró a las chicas, y, antes de ponerse las gafas de sol, les guiñó un ojo y sonrió.

—Hola, Ramón. ¿Cómo estás?

—Muy bien, señor. ¿Ha tenido buen viaje? —preguntó el conductor, cogiendo las maletas, para meterlas en el maletero.

—Sí, aunque estoy un poco cansado por el avión, el *ave y jet lag*.

—Es normal, señor. Procure descansar algo, porque esta noche tiene la fiesta de bienvenida.

Asintió con la cabeza, sonrió débilmente al conductor, que le había visto crecer, y se subió al coche. Se acomodó en los asientos de cuero y echó la cabeza hacia atrás.

El coche salió a la autovía y recorrió varios puntos de la región. Vivía a las afueras de un bonito pueblo. En Ábalos. Siempre había su hogar y siempre lo sería.

Abrió los ojos y bajó la ventanilla del asiento trasero. Contempló el paisaje, la tierra que se extendía ante sus ojos, y respiró con profundidad.

Al llegar al cruce, el coche tomó el camino de la derecha, y él negó con la cabeza. ¿Algún día tomaría el camino de la izquierda?

El vehículo siguió avanzando, con una conducción suave, hasta que, ante ellos, apareció la bonita mansión que formaba parte de las tierras de su abuelo.

Ramón, paró el coche frente a la entrada y fue directo al maletero, sabía que él no necesitaba que le abrieran la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó entrando dentro de la casa.

Unos tacones sonaron cerca y en apenas unos segundos su madre estaba con él.

—¡Miguel, cariño! Ya estás aquí. —La mujer abrazó a su hijo con fuerza.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás?

—Muy liada con tu fiesta de bienvenida.

—Te dije que no hacía falta.

La mujer miró a su hijo y le revolvió el pelo.

—Claro que hace falta, cielo. Has vuelto a casa.

Miguel sonrió a su madre y volvió a abrazarla.

—¿Y papá, Nana y el abuelo?

—Tu padre está en la terraza con tu abuelo y Nana... no sé dónde está.

Miguel asintió, le dio un beso a su madre y salió a la terraza.

Carla contempló a su hijo y cerró los ojos unos segundos. Al abrirlos, sonrió, y el pensamiento de que sería un buen verano fue instantáneo.

Al salir a la terraza, Miguel se sorprendió de los cambios que habían hecho.

Durante meses, para disgusto de su abuelo, habían estado de reformas, y Carla había conseguido que la casa quedara mucho más bonita que antes. La terraza estaba situada en la parte sur de la casa, y tenía salida al porche y a los jardines. Siempre había sido el rincón favorito de su abuelo, y su madre se había asegurado de que quedara perfecto. Había comprado unos sillones de mimbre blanco y los cojines los había elegido en diferentes tonos de azul.

A Miguel le recordaron a Grecia.

—¿De qué habláis? —preguntó interrumpiendo la conversación de su padre y de su abuelo.

—De negocios, como siempre. —Rafael se levantó del sillón y abrazó a su hijo—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo.

—Bueno, ya estás en casa, que es lo importante —dijo Fernando, antes de abrazar a su nieto.

—Tenía ganas de volver. —Miguel miró a su abuelo y luego a su padre.

—Es normal. Llevas cinco años fuera y solo has venido en vacaciones —respondió Rafael.

—¿Sabéis dónde está Nana?

—La última vez que la vi, subía a su habitación. A menos que haya tenido una idea mejor, seguirá allí —contestó Fernando.

Miguel palmeó la espalda de su abuelo.

—Voy a buscarla. Pediré ayuda por si me pierdo —dijo riendo.

—No le digas eso a tu madre, que está orgullosa de lo bien que ha quedado la casa —comentó Rafael.

Subió las escaleras y llamó a la segunda puerta, pero abrió antes de que contestaran.

Sonrió al ver a su hermana tirada en la cama.

—¡Mickey! —Nana se levantó de un salto y se arrojó a los brazos de su hermano—. No sabes lo muchísimo que te he echado de menos.

—Claro que lo sé, porque yo también te he echado de menos a ti, renacuaja. —Miguel abrazó con fuerza a su hermana pequeña—. ¿Qué haces?

—Estaba mirando unas cosas en el ordenador —respondió Nana, bajando la pantalla del portátil—. ¿Qué tal el viaje?

—Largo y cansado —contestó Miguel, sentándose en la cama de su hermana.

—Pues descansa un poco, que esta noche hay fiesta.

—Lo sé... No me puedo creer que sea esta noche y no mañana, cuando ya haya dormido un poco.

—Mamá lo intentó, pero no sé qué problema había con el *catering* o con... Bueno, que no podía ser mañana.

Miguel puso los ojos en blanco y sonrió.

—Tu habitación ha quedado muy bien.

Miguel miró a su alrededor.

—Ha quedado perfecta, igual que la tuya —dijo Nana poniéndose en pie.

—¿La has decorado tú? —preguntó siguiendo a su hermana por el pasillo.

Nana, antes de abrir la puerta del cuarto de su hermano, clavó su mirada azulada en él.

—La duda ofende.

Miguel entró en su habitación y silbó.

No se parecía en nada al cuarto en el que había dormido toda su vida, antes de marcharse a la universidad. Los colores habían cambiado y los muebles habían dado paso a una decoración más de persona adulta que de estudiante.

Sin embargo, Nana había dejado cosas de su antigua habitación, como el corcho con las fotos, el balón de básquet firmado y la bandera triangular de la universidad de Harvard.

—¿Te gusta? —preguntó, ante el silencio de su hermano mayor.

—Es estupenda, Nana. Solo tú podías dejarla perfecta. Me encanta.

La joven sonrió agradecida.

—La cama es nueva, y el aire, las persianas y los aparatos, en general, los puedes manejar con el móvil. Es todo domótico. Esa puerta de ahí es el cuarto de baño y la otra el vestidor. Mamá te ha comprado un traje para esta noche, y el resto de tus cosas están en la habitación del fondo. Las dejé ahí, por si querías coger algo antes de bajarlo al sótano.

Miguel buscó con la mirada sus maletas y las localizó en una esquina del cuarto.

—Perfecto. Muchas gracias, renacuaja.

—Te dejo para que descanses. —Nana le dio un beso a su hermano y se marchó dejándole solo.

Miguel abrió la puerta del vestidor y observó alucinado el amplio espacio.

Se acercó a la funda de Armani y bajó la cremallera. Su madre le había comprado un traje negro muy elegante, que estaba hecho a medida.

El cuarto de baño había quedado espectacular. Habían elegido una ducha que era una virguería, y unos acabados que nada tenían que envidiar a los grandes y carísimos hoteles de cinco estrellas.

Cerró la puerta del baño y se tiró sobre la cama. Necesitaba descansar un poco, antes de deshacer las maletas.



Su habitación siempre había sido su refugio.

Durante los últimos años, había cambiado por las diferentes fases de decoración que había hecho, cuando volvía a casa en vacaciones, pero todavía era capaz de cerrar los ojos y visualizar momentos en los que se había encerrado entre aquellas paredes.

Había bajado directamente del desván y se había sentado en el sofá, que estaba al lado del ventanal. Abrió la caja de latón y fue pasando las diferentes fotografías. En ellas se podía ver a su abuela de joven; realmente, había sido una mujer muy bella.

Otra de las fotografías mostraba a una pareja feliz, posando enfrente de la casa, que reconoció por la fachada como la de ella. Dio la vuelta a la instantánea, en blanco y negro, y dedujo que tenían que ser sus bisabuelos, por la fecha.

Pasaba las fotos despacio, deleitándose en aquellas imágenes en blanco y negro, cuando una de ellas captó su atención. En aquella instantánea se podía ver a su abuela posando con una mujer que no reconoció.

Al dar la vuelta a la fotografía observó que estaba fechada en 1963.

Las siguientes imágenes eran de una niña pequeña, que tenía que ser su abuela, y la última era de un bebé. Dio la vuelta a la fotografía, pero estaba sin fechar.

Chiara, guardó todas las fotografías dentro de la caja, y sacó unas margaritas secas. Sonrió con cariño, ya que a ella le

encantaba secar las flores y utilizarlas como marcapáginas, por lo que ya sabía de quién había heredado esa costumbre.

Apartó la lata y tomó el viejo diario de su abuela. Acarició las tapas negras, se mordió el labio y finalmente encontró el valor necesario para abrirlo, y comenzar a leerlo.



5 de mayo de 1963

Le he conocido. Por fin sé quién es. Estaba paseando con Adela, cuando una ráfaga de viento se ha llevado mi sombrero y él, amablemente, me lo ha recogido del suelo.

Es un joven muy simpático. Tiene unos ojos preciosos, y también me ha gustado su sonrisa.

Se llama Fernando y es dos años mayor que yo.

No me ha contado qué hace aquí, porque Adela ha insistido en que nos fuéramos. Creo que no se fía de él. Los desconocidos siempre le han causado pavor. Es tan miedosa y prudente...

Tal vez debería aprender más de ella, ya que,
al fin y al cabo, ¿qué sé de él?

Lo único que tengo claro es que me gusta.

Creo que no tengo remedio y que me seguiré
interesando por él.



Entornó los ojos extrañada.

Su abuelo se llamaba Cristóbal y se casó con su abuela cuando ella tenía diecinueve años... Entonces, ¿quién era Fernando?

Cerró el diario y se quedó pensativa mirando la pared. No podía ser... ¿O sí?

Un leve sonido en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Chiara, cariño, ¿bajas a comer?

Miró a su madre y asintió.

—Claro. —Se levantó del sofá, dejó las cosas de su abuela apartadas a un lado y salió de la habitación—. ¿Qué hay de comer?

—Creo que carne en salsa. Tu abuela ha estado trasteando en la cocina esta mañana.

Chiara sonrió porque, aunque la cocinera de la familia era una maravilla, nadie cocinaba como su abuela. Aún recordaba cómo su abuelo siempre le pedía sus platos favoritos.

Se sentó en la mesa y contempló una foto de su abuelo al fondo del comedor.

No es que hubieran tenido una relación increíble, pero, en ciertos momentos, sí que le echaba de menos.

—¿Qué has estado haciendo en el desván? —le preguntó su abuela.

—He subido para buscar la caja donde guardé los disfraces. La hermana de Cris tiene una fiesta y quiere el mono de Fórmula 1.

—¿Lo has encontrado? —Mateo cogió un trozo de pan.

Chiara miró a su padre y negó.

—¡Qué va! No sé dónde puse la caja, y, con la cantidad de cosas que hay ahí arriba, dudo que la vaya a encontrar. El desván es un desastre. ¿Cuándo fue la última vez que alguien puso un poco de orden?

Clara sonrió a su nieta y cogió el tenedor.

—Cariño, nunca nadie ha puesto orden en el desván. Simplemente se suben las cosas y se dejan ahí arriba. Procuramos colocar una sábana sobre los muebles, pero nada más. Todo lo que hay en el desván son cosas que ya no usamos, y que guardamos por lo que pueda pasar.

—Cualquiera que suba pensará que tenemos una especie de síndrome de Diógenes. No tiramos nada, y todo acaba allí —comentó Helena, la madre de Chiara, y cogió el vaso de agua.

—Deberíamos hacer limpieza. Lo mismo encontramos algo de utilidad —sugirió Mateo.

—Pues te deseo ánimo y suerte, porque el desván es un completo y absoluto caos. Ahora que, si de verdad de ánimas, busca la caja de los disfraces, porfa.—Chiara hizo un gesto tierno a su padre y este le guiñó el ojo.

—¿Qué le vas a decir a la hermana de Cris? —le preguntó Clara.

—Pues que no encuentro la caja. Seguro que se puede hacer con un mono y pegarle con la plancha los adhesivos. Mañana se lo diré a Cris.

—¿Has quedado con ella? —se interesó su madre.

Chiara asintió.

—Sí, para ir de compras. ¿Te tengo que traer algo del pueblo?

Helena pensó unos segundos y cogió el cuchillo antes de contestar:

—No, creo que no, pero intentaré avisarte.

—Me parece bien que aproveches el verano antes de empezar a trabajar a tope en septiembre. —le indicó Mateo, y dejó la copa de vino.

—No puedo negar que tengo muchas ganas de empezar a trabajar, pero me apetece disfrutar del verano —dijo Chiara, metiéndose un trocito de carne en la boca.

—Es lo que tienes que hacer: disfruta ahora que ya tendrás tiempo de agobiarte y estresarte, si hace falta.—Clara sonrió a su nieta y continuaron comiendo.



Desde luego que Carla era única dando fiestas. Había conseguido que casi todo el mundo acudiera a la fiesta de bienvenida de su hijo.

El jardín de la casa estaba lleno de asistentes que se repartían por los focos de luz, que la anfitriona había colocado por todo

el césped y en las mesas altas que servían de apoyo. Las copas de vino, de champán, los aperitivos y canapés estaban situados en un extremo, mientras los camareros de la empresa de *catering* iban pasando las bandejas.

Miguel fue saludando a todo el mundo, mientras le daban la enhorabuena y le preguntaban por sus planes de futuro.

Cuando se vio libre de la vorágine de invitados, cogió una copa de champán y se retiró estratégicamente a un punto de oscuridad del jardín. Nunca había tenido problemas para relacionarse, más bien todo lo contrario, y tampoco era que no disfrutara de las fiestas que su madre solía dar, pero esa noche estaba cansado y apenas tenía ganas de diversión.

—Si el abuelo se entera de que estás bebiendo champán, es capaz de desheredarte.

Nana abrazó a su hermano, apoyó la cabeza en su pecho y él la rodeó con sus brazos.

—Pero tú no se lo vas a decir, ¿a qué no?

—Nunca. Yo siempre guardaré tus secretos.

Miguel besó la cabeza de su hermana. En el mundo no había nadie como ella.

—La verdad es que mamá se ha superado esta vez.

—Mickey, has vuelto a casa —contestó Nana—. Te hemos echado de menos.

Miguel sonrió, nadie salvo su hermana le llamaba Mickey, y solo a ella se lo permitía.

—Será una experiencia increíble, ya lo verás.

Nana dejó de abrazar a su hermano y se incorporó.

—Estoy segura, pero antes quiero presentarte a alguien.

Miguel levantó las manos.

—Ah..., no. Eso sí que no. No quiero líos con ninguna de tus amigas, por mucho que hayan madurado, estén guapas y sean lo más de lo más.

—Pero Mickey, necesitas salir con alguien. —Nana hizo un puchero fingido.

—No necesito que me busques novia.

—Eso ya lo sé. Si lo hago, es porque tú pasas.

—No paso. Es solo que acabo de volver y aún no me he ubicado.

Nana se cruzó de brazos.

—Está bien, como quieras. Aún tengo todo el verano para darte la lata con eso, pero seguro que a aquellos dos sí que les quieres saludar. —Nana señaló a dos chicos que se acercaban a ellos.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! —David cogió a Miguel, a modo de saludo.

—¡Y para quedarse esta vez! —gritó Berto, antes de abrazar a su amigo.

—¿Dónde estabais? No os había visto —dijo Miguel, colocándose el traje.

—Estábamos hablando con tu padre —contestó David—. Nana, estás preciosa.

Esta sonrió al amigo de su hermano y le dio un beso en la mejilla.

—Muchas gracias.

—Señorita Moraleta, eres la más guapa de la fiesta. —Berto abrazó a Nana y le dio un beso.

—Y vosotros tres los más solicitados. Espero que no revoloteéis demasiado o acabaréis causando estragos. —Nana le dio a su hermano la copa de champán—. Me voy. Si cambias de idea, búscame.

Miguel asintió y dio un beso a su hermana.

—¿Cambiar de idea? —preguntó Berto.

—Quiere presentarme a alguien.

—¿Por qué no? —quiso saber David.

—Las amigas de mi hermana me suelen dar pereza. Además, tengo todo el verano.

—¡Eso! Nos lo vamos a pasar en grande. Tenemos que aprovechar antes de que llegue septiembre —dijo Berto.

—Tenemos que sacarte por ahí y ponerte al día. Llevas demasiado tiempo fuera. —David cogió una copa de vino de una de las bandejas.

—De eso sí que tengo ganas. Venir solo en vacaciones nunca es suficiente.

Miguel dejó la copa vacía sobre una de las mesas.

—Pues mañana tomamos el aperitivo en la plaza.

Berto y Miguel miraron a David, y los tres asintieron.

—Eso está hecho.

Se mezclaron con el resto de los invitados y, tal y como Nana predijo, causaron estragos.



—Es un desastre, busqué la caja, pero resultó imposible encontrarla —informó Chiara saliendo de la tienda.

—No importa. Seguro que puede conseguir un mono —aseguró Cris.

—¿Te acuerdas dónde lo compramos nosotras?

—El padre de Julia, ¿recuerdas? Nos los consiguió en su trabajo. Luego solo imprimimos las pegatinas y las planchamos en el mono.

Cris se puso las gafas de sol y se colocó el pequeño bolso que llevaba aquella mañana.

—Sí, es verdad. Creo que tengo el teléfono de Julia, y podemos llamarla. A lo mejor su padre le puede conseguir uno igual a tu hermana.

Chiara también se puso las gafas de sol. Aquella mañana el sol resplandecía en Ábalos.

—¿Tienes el móvil de Julia? ¿En serio? —preguntó Cris extrañada —. Yo perdí casi todos los contactos del colegio.

—Yo guardo algunos, y creo que el de Julia lo sigo teniendo. De todas formas, es fácil porque nos seguimos en Instagram. También la puedo contactar por ahí.

—Genial, cuando sepas algo me indicas, o bueno, mejor díselo a mi hermana directamente. Total, es para ella.

Chiara asintió.

—En el desván encontré cosas de cuando mi abuela era joven. Unas fotos antiguas y un viejo diario.

—Dime que no lo has leído. —Cris era de esas personas que pensaban que investigar en la vida de los demás, sin su permiso, era como mínimo una falta de respeto; por lo que leer un viejo diario, lo consideraba casi un sacrilegio.

—No te voy a negar que, cuando estaba en el desván, me dio apuro. Son las palabras de mi abuela, pero... Lo siento, Cris. La

curiosidad me pudo. Apenas no sé nada de la vida de mi abuela de cuando era joven.

—¡Chiara! Ya te vale. Pues pregunta a tu abuela. Estoy segura de que a Clara no le importará contarte alguna historia.

—¿Crees que no lo he intentado? Le he preguntado millones de veces por su infancia, por su juventud, antes de casarse con mi abuelo, que tampoco es que disfrutara mucho de la plenitud de su juventud, al casarse a los diecinueve.

Cris puso los ojos en blanco.

—En aquella época se casaban muy pronto.

—Sí, lo sé, pero... ¡Joder! Con diecinueve años. Cris, yo a esa edad apenas sabía lo que era tener novio. Es ahora, y tampoco lo sé.

Su mejor amiga se rio por el comentario.

—Como si tuvieras cuarenta —comentó Cris, todavía entre risas—. ¡Por Dios, Chiara! Solo tenemos veinticuatro.

—Sí, pero, con nuestra edad, mi abuela ya llevaba cinco años casada. ¡Un lustro! Por no mencionar que ya tenía a mi tía.

Cris negó de manera divertida con la cabeza; a veces Chiara era tremenda.

—¿Y nunca te ha contado nada de su adolescencia?

—No, siempre que le pregunto por las cosas que hacía, cómo era su padre o por lo que se llevaba en aquella época, ella me responde que las cosas normales. Insiste con que eran otros tiempos y que mataban el rato jugando.

—¿Jugando?

—Sí, Cris, jugando. Es absurdo.

—Bueno, para nosotras sí, pero lo mismo era normal en aquella época.

Chiara se encogió de hombros.

—Lo dudo. La cuestión es que leí un poco de su diario y he descubierto que a los diecisiete años le gustaba un chico que se llamaba Fernando. Jugar... ¡Ja! La edad del pavo es para todos igual.

Cris soltó una carcajada.

—Así que, Fernando. Vaya, vaya... con Clara. Tuvo un *love* antes de tu abuelo. —Cris se paró en seco—. Eso significa que vas a seguir leyendo el diario, ¿verdad?

Chiara se mordió el labio antes de contestar:

—Sí, y no me digas nada. Ya sé que está mal, pero me puede la curiosidad.

Su mejor amiga soltó un suspiro.

—Anda vamos, que te invito a unas cañas.

Las dos chicas caminaron hasta la concurrida plaza y localizaron el bar al que siempre iban. Era el que más les gustaba.

Apenas había sitio libre, pero consiguieron localizar una mesa que estaba entre sol y sombra.

—¿Aquella? —preguntó Cris.

—Perfecta. Sombra para ti, y sol para mí.

Iban a sentarse cuando tres chicos aparecieron.

—Disculpad, pero la hemos visto antes —dijo Cris.

—¿Y qué pruebas tienes de ello?

Cris miró al chico con descaro y contestó:

—Que hemos llegado antes. Si no te lo crees, lo siento, pero es cosa tuya, aunque estoy segura de que, si le preguntas al camarero, me dará la razón.

—Y estás tan segura, ¿por?

Cris se encogió de hombros.

—Lámalo instinto.

El chico contempló los ojos marrones de Cris y sonrió. Le gustaba su descaro.

—David —dijo tendiéndole la mano.

—Cris —contestó, al tiempo que respondía al saludo.

—Yo soy Chiara, aunque eso no tiene importancia. ¿Por qué no hacemos una cosa? Cogemos esas dos sillas de allí, que están libres, y compartimos la mesa. Lámalo intuición, pero no creo que al camarero le importe.

Los chicos sonrieron y fueron a por las sillas.

—Bueno, yo soy Berto, por cierto. —Se acercó a Cris y Chiara, y les dio dos besos.

—Yo soy Miguel —dijo el otro, repitiendo el proceso.

Cuando se sentaron y pidieron las consumiciones, Miguel contemplaba sin disimulo a Chiara, tras las gafas de sol. Jamás había visto una chica tan guapa. Llamaba la atención desde cualquier punto de la terraza. Sus ojos verdes resaltaban sobre su pelo color chocolate; las diminutas y delicadas pecas que decoraban la parte superior de su rostro le parecieron adorables, pero lo que más le llamó la atención, fueron los labios carnosos, que esa mañana estaban pintados de rojo pasión.

Mientras la miraba, Miguel pensó en cómo sería atrapar aquella boca junto a la suya, y sacudió la cabeza con suavidad, para desechar el pensamiento, y cogió la cerveza.

—Pues nunca os habíamos visto, me acordaría. —Berto agarró una patata frita.

—Yo también me acordaría —dijo David, sin dejar de mirar a Cris.

—La verdad es que no hemos pasado mucho tiempo aquí. —Cris acomodó el bolso sobre sus piernas—. Nos conocemos de toda la vida, desde la guardería, pero en Primaria nos mandaron a estudiar a Madrid.

—Fuimos juntas al colegio hasta cuarto de la ESO, cuando me fui a un colegio en Suiza para cursar los dos años de Bachillerato —Chiara, al decir aquello, miró a Miguel.

—Yo también estudié Bachillerato fuera, pero lo hice en Inglaterra. —Miguel la sonrió.

—¿Y vosotros? —preguntó Cris.

—Todo lo hicimos aquí, salvo la carrera. Nos fuimos a Madrid —contestó Berto.

—Yo la carrera la estoy haciendo en Navarra —comentó Cris.

—¿Qué estudias? —quiso saber David.

—Medicina.

El chico abrió los ojos, sorprendido.

—¿Qué habéis estudiado? —se interesó Chiara.

—Yo soy ingeniero agrónomo. —Berto se acomodó en la silla.

—Yo soy fisio. Trabajo en la clínica con mi padre —contestó David.

—¿Y tú?

Chiara fijó su vista en Miguel. Este se quitó las gafas y la miró también.

—Después de Inglaterra me fui a Estados Unidos. He estudiado Económicas en Harvard.

—¡Qué pasada! —exclamó Cris.

—Sí, siempre lo tuve muy claro. Me he graduado este año, y en septiembre empiezo a trabajar en el negocio familiar.

—Cómo tú. —Cris miró a su mejor amiga.

—Sí, casi —dijo Chiara riendo—. Yo estudié Derecho en Oxford, y en septiembre también empiezo en el negocio familiar.

—¿Y el negocio familiar es...?

Chiara sonrió por la curiosidad de Berto.

—Mi familia es dueña de los viñedos más antiguos de la región.

De pronto, un silencio se apoderó de los tres chicos.

—¿Los viñedos Alcázar? —preguntó finalmente Miguel.

—Sí, mi abuela es la dueña. Clara Alcázar.

—¿Pasa algo? Os habéis quedado muy callados. —Cris dejó el vaso sobre la mesa.

—Mi familia es dueña de los viñedos Moraleda. Mi abuelo Fernando es el propietario.

Miguel miró a Chiara y ella asintió.

—Así que Moraleda.

—Y tú Alcázar.

—Pues la hemos hecho buena —dijo David, intentando quitar tensión.

—Por mi parte está bien. Es decir, la disputa, sea la que sea, fue hace muchos años, y nada tiene que ver conmigo. —Chiara cogió el vaso de cerveza.

—A mí me pasa lo mismo. No sé qué pasó para que las familias no se hablen, pero fue hace tiempo y, desde luego, a mí no me incluye.

Después de dejar claro que nada tenía que ver con ellos, siguieron hablando sin problemas y disfrutando del aperitivo, mientras las miradas volaban sobre la mesa.

Cuando se levantaron para marcharse, Cris y David intercambiaron el número de teléfono.

Chiara dio un beso a su mejor amiga y se despidió de ella. Caminó hasta el parquin, y en la máquina para pagar se encontró con Miguel.

—Aparcar es un mundo —comentó este.

—Lo sé, he dado tres vueltas antes de meterlo aquí.

—Sé que ha habido un momento algo incómodo en la mesa, pero de verdad que no tengo ningún problema con que seas una Alcázar. —Miguel sonrió a Chiara.

—Yo tampoco tengo ningún problema con que seas un Moraleda. La pelea es de ellos.

—Entonces, ¿sacamos el pañuelo blanco?

—Me parece justo.

Ambos sonrieron.

—¿Qué tal si me das tu número y hablamos un día de estos?

Chiara asintió y cogió el móvil, que Miguel había sacado del bolsillo. Escribió los números en el teclado y se hizo una llamada perdida.

Miguel vio cómo se montaba en un Mercedes GT Roadster, y comentó cuando la vio salir del parquin:

—Menudo cochazo, señorita Alcázar.